

# LEER A LOS HIJOS, CON LOS HIJOS, ANTE LOS HIJOS

**JUAN MATA**

Formar lectores es una tarea colectiva, un compromiso de muchos, que debe ser alentada por todos los que consideran que leer es una forma de conocimiento, de acceso a realidades distintas a las propias, de pensar y recrear los mundos posibles, de aprender a conocer y conocerse.

Las familias son una parte más de ese compromiso, pero su papel puede ser determinante. Los lectores no son el resultado exclusivo de la acción del entorno familiar, hay muchos otros factores que intervienen en ese proceso, pero hay más probabilidades de que eso suceda si las familias están implicadas.

Cualquier niño, en el ambiente adecuado, se incorporará con naturalidad a las prácticas letradas que le ofrezca su entorno social y familiar. Entre otras razones, porque la lectura y la escritura son actividades lingüísticas y todo lo que tiene que ver con el lenguaje atrae poderosamente su atención en los primeros años de vida. Los miembros de su familia son, pues, sus primeros referentes.

Muchas de las actividades de lenguaje que promueven los padres con sus hijos -juegos de palabras, rimas, retahílas, canciones, adivinanzas, trabalenguas...- se consideran en general puro divertimento, parte de las relaciones familiares. Hoy sabemos sin embargo que esos juegos lingüísticos tienen una importancia capital para el buen aprendizaje de la lectura. La lengua se muestra así, sin necesidad de lecciones ni enseñanzas, en toda su hermosa complejidad. No aparece como un mero instrumento de comunicación ni como una materia escolar. Los niños la hacen suya porque les maravilla no porque deban responder a una evaluación. Esas experiencias son las que, por la vía del placer, propician el conocimiento y apropiación de las estructuras fonéticas, semánticas y gramaticales de la lengua, lo que repercutirá a su vez en una alfabetización gradual, segura y feliz. ¿Y dónde es más fácil iniciar esos juegos? En el hogar, en los numerosos momentos de vida de un niño.

En el caso de la lectura, los padres deben saber que su principal compromiso ha de ser el de motivar, mostrar interés, dar ejemplo. Como en todos los órdenes de la vida, también en el de la lectura la ejemplaridad es fundamental. Por eso, y a propósito de la lectura, uno de los procedimientos más sencillos y gustosos para defenderla es haciéndola presente, mostrándola en todo su esplendor. Aún más, animar a los padres a leer a los hijos unos minutos al día en voz alta y de manera constante es una forma de aminorar los desequilibrios y las desigualdades lingüísticas que afectan a los niños, ayuda a la comprensión de las palabras, los introducen en el mundo de las palabras a través del placer y el asombro, en un ambiente cálido y emocional, lo cual hace que la inmersión en el lenguaje complejo de los libros se produzca de un modo gozoso.

Así pues, los niños que hablan y dialogan con sus padres, escuchan cuentos habitualmente, juegan y ríen con los sonidos de la lengua, hojean y manejan libros, etcétera, tienen muchas más probabilidades de afrontar con éxito los aprendizajes en las aulas. Y específicamente el de la lectura y la escritura. Tener conciencia de esa relevante aportación de los padres ayuda a los hijos en tanto que alumnos.

La mejor contribución que los padres pueden hacer para impulsar el interés por la lectura es, por tanto, leer ante sus hijos, leer a sus hijos.

**La Colección Familias Lectoras: Cuaderno 1**